

EL SIGLO FUTURO,

DIARIO CATÓLICO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 6 reales un mes.—En Provincias, 20 reales un trimestre y 80 un año, suscribiéndose directamente en la Administración del periódico.—En el Extranjero, 10 reales un trimestre y 200 reales un año.—En Ultramar, 4 pesos fuertes el semestre.—Repúblicas americanas, 6 pesos fuertes el semestre.—Paquetes de 25 números, 4 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.—La administración del periódico, calle de Leganitos, número 4, cuarto bajo, remitiendo el importe en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de postal, con exclusión de los de guerra, certificando las cartas cuando se remitan sellos. Los anuncios se insertan á precios convencionales.

ADVERTENCIAS.

EL SIGLO FUTURO no es una empresa mercantil, ni se propone género ninguno de especulación. Y aunque los gastos crezcan considerablemente, quiere mostrarse agradecido al público que también le ha acogido, ofreciéndole ventajas de importancia.

Desde el 1.º del próximo Abril, y sin alterar los precios de la suscripción, aumentará en una tercera parte el tamaño del papel, con lo cual, y empleando para los fondos la letra en que ahora van las noticias, será doble su lectura.

De este modo podrá cumplir en cada número las promesas de su prospecto, que ahora tiene que repartir en diferentes números.

Este periódico espera que pronto podrá disminuir los precios y aumentar más aún de tamaño, de suerte que no haya otro mayor ni más barato.

A los que se suscriban por un trimestre o más tiempo desde 1.º de Abril, se les dará por separado lo que vaya publicado del folletín.

Hogamos encarecidamente á nuestros suscritores de Madrid y provincias que nos avisen de cualquier falta que adviertan en el reparto de este periódico.

PIO IX.

En medio de esta universal degradación de caracteres que es uno de los signos más notables de los tiempos modernos; en medio de este oleaje tumultuoso de miserias y malas pasiones que nos rodea, destaca majestuosa é imponente la figura del inmortal Pio IX como una viva protesta del derecho contra la fuerza, de la verdad contra la mentira, del Catolicismo contra la revolución.

Nada hace doblegar esa frente serena que desafía imperturbable todas las tempestades; nada hace enmudecer esa voz elocuente que se levanta sólo para defender la justicia y condenar la iniquidad.

Mientras los poderosos de la tierra se postran de hinojos ante otro más poderoso; mientras los pueblos corrompidos besan el látigo que cae sobre sus espaldas; mientras la iniquidad y la soberbia llenan todos los corazones y desvanecen todas las cabezas; un venerable anciano, sin más armas que su háculo, sin más apoyo que la justicia de su causa, se opone al torrente invasor de la iniquidad, arrojando impávido las iras de todos los poderes de la tierra.

Préciese nuestro siglo de rendir culto apasionado á la justicia y al derecho, y sin embargo, nunca estas hermosas palabras han servido de pretexto para cometer mayores crímenes.

En nombre de la libertad y de la igualdad hemos visto á las turbas embriagadas en las orgías revolucionarias asesinar los ministros del altar, llevar la tea del incendio á los templos del Señor, atentar, en fin, á lo que encierra de más sagrado la sociedad.

En nombre de la justicia y del derecho, háse despojado á los pueblos de sus legítimas autoridades, háse roto todo freno moral, háse abierto la válvula á todas las malas pasiones.

Pues bien; el Sumo Pontífice, roca inmóvil en medio de los mares alborotados, ha resistido el embate de los huracanes, sin que estos hayan conseguido dominar su voz, que resuena más poderosa cuando ruga con más furia la tempestad.

¿Quién ha clamado en defensa de la mártir Polonia?

¿Quién ha protestado siempre contra las iniquidades cometidas por los poderosos, háyanse llamado estos Napoleón III, Guillermo de Prusia ó Víctor Manuel?

¿Quién ha desenmascarado la revolución y mostrado al mundo sus infernales consecuencias? Pio IX, el Vicario de Cristo, el eterno defensor del débil contra el fuerte, el protector de todos los oprimidos, el que lleva en su mano la bandera de Cristo crucificado; Pio IX, el sucesor de Leon el Grande, que salvó á Roma del Azote de Dios, presentándose á Atila con el báculo pastoral en la mano y revestido con sus ornamentos pontificales; de San Gregorio el Magno, que borró las últimas huellas del paganismo y llevó la bandera católica á las regiones más apartadas; de San Gregorio VII, que dijo al morir en Salerno el 28 de mayo de 1055: «He amado la justicia, he aborrecido la iniquidad, y he aquí por qué muero en el destierro;» de Inocencio III, que elevó el Pontificado á altísimo grado de autoridad é influencia; de tantos y tantos Papas que han contribuido á formar esa admirable civilización cristiana que, sin la infernal protesta de Lutero, nos hubiera llevado al apogeo de la perfección social.

Marchan los pueblos por sendas de perdición porque desconocen al Vicario de Jesucristo. La revolución, una de cuyas principales armas es la calumnia, les ha hecho creer que el Papa es un tirano, y por ende protector de todas las tiranías. ¿Háse oído nunca mayor aberración? ¿Tirano aquel que ampara á todos los débiles, y hiere la frente de todos los soberbios? ¿El sucesor de un poder que ha desafiado todas las tiranías, desde la del Azote de Dios hasta la del Atila de los tiempos modernos?

¿Consiste acaso la tiranía en poseer valor bastante para decir la verdad á todos los hombres, sean reyes ó emperadores, presidentes de república ó dictadores omnipotentes?

¿Consiste acaso en advertir á los pueblos los peligros que les cercan y los males que les esperan?

¿O será que en las inteligencias perversas y en los corazones maleados de los hombres de este siglo no puede caber la idea de que haya uno bastante grande para romper todo yugo infame?

También los judíos acusaron á Jesucristo de que intentaba hacerse Rey; y le crucificaron porque decía la verdad á todos los hombres, la amarga verdad que no pueden oír jamás sin irritarse los soberbios de la tierra. Y aquellos tiempos en que la decadencia romana empezaba á tomar proporciones tienen ciertamente más de un punto de contacto con los nuestros.

¿Qué extraño es, pues, que acusen de tirano á Pio IX? Lo extraño é inconcebible sería que no le acusasen.

Esas viles multitudes, que embriagadas por la palabra de un mentecato elocuente le

elevan sobre sus hombros para que las azote cruelmente en el día del triunfo, no pueden comprender lo que hay de grande en la persona del Vicario de Cristo.

Esos poderes ensoberbecidos, sin más ley que su capricho, ni más Dios que sus miras ambiciosas, mal pueden comprender la nobilísima conducta del Santo Anciano que rige la cátedra de San Pedro. La luz no puede aliarse con las tinieblas, ni Cristo con Belial.

Sin embargo, el Papa que definió el dogma de la Inmaculada Concepción, que congregó el Concilio Vaticano y que arrojó, con la firmeza de San Gregorio VII, las iras de los Césares modernos, será siempre una gran figura que brillará, circuida de una aureola inmortal, entre las tinieblas del siglo XIX, á pesar de todos los esfuerzos de la impiedad.

Tampoco en Portugal faltan conflictos entre la Iglesia y el Estado, habiendo sido objeto de debates en la Cámara de los Pares uno que ha ocurrido recientemente, y que un periódico refiere de este modo:

«La muerte del Obispo de Braganza exigía la elección de un vicario capitular que administrase la Silla durante la vacante. El gobierno significó al cabildo que eligiera un eclesiástico que había gozado de la confianza del Prelado difunto, y había actuado como diputado suyo cuando se hallaba ausente. El cabildo, no obstante, informó al ministro de la Justicia que no podía acceder á sus deseos, hallándose ligado por las disposiciones del Concilio de Trento para nombrar uno de su seno. No se dice si el ministro recordó al cabildo que esas disposiciones reconocían costumbres observadas sin interrupción y admitidas tácitamente por la Iglesia; pero el cabildo persistió en su propósito, y habiendo elegido otra persona, mandó el ministro que se procediese contra el cabildo, que el gobernador cortara toda relación con los canónigos, y que se suspendiera el pago de las dotaciones de estos.

Llevada la cuestión á la alta Cámara, no se propuso resolución alguna, y quedó el asunto en tal estado, dejando al gobierno dueño de la situación.»

La Epoca, que es el periódico de quien tomamos las anteriores líneas, sigue su pia-dosa costumbre de colocarse al lado del más fuerte; y más ministerialista que los mismos ministros portugueses, dice, como de pasada, que «no sabe si estos recordarian al cabildo que obraban en virtud de costumbres admitidas.»

Dada la situación de Europa, no nos extraña la conducta del gobierno portugués. Hace el mal atropellando á la Iglesia; pero lo hace con su cuenta y razón, porque al fin todo gobierno arbitrario necesita esclavizar á la amparadora de todas las libertades, que es la Iglesia.

Pero á La Epoca ¿qué le va ni le viene con lo que pasa en Portugal?

Sin embargo, el sueldo de La Epoca no es del todo hábil. Se olvida de aplaudir la orden de suspensión de pago al cabildo portugués, y este olvido, en cuestión de cuartos, es imperdonable en un diario conservador.

Varios periódicos, con el mayor sigilo y sin decir el nombre del aludido, comunican á sus lectores la importante noticia de que el órgano imparcial de la opinión y de la prensa va á echar su cuarto á espaldas publicando una edición política.

Dícese que la empresa cuenta ya para el paso con periodistas muy conocidos.

Suponemos que se sustituirán con otros cada vez que haya cambio de ministerio.

En El Imparcial leemos esta mañana la siguiente noticia de La Correspondencia de anoche:

«Como los tiempos no están para valentías, suponemos que el siguiente sueldo de La Correspondencia no se habrá cocido en su horno:

«Los carlistas del Norte se proponen, al parecer, llevar á cabo todos los esfuerzos imaginables para resistir hasta el último extremo. Según cartas particulares, han sido llamados á las armas todos los mozos de diez y ocho años

de Navarra y las Provincias Vascongadas. Forzoso será, según se va viendo, y como ya en otras ocasiones hemos indicado, que para imponer la paz á las huestes carlistas, cuya pertinacia es tan singular, el gobierno apele á cuantos medios estén en sus facultades para convencerlos y reducirlos al último extremo.

A los desesperados esfuerzos del carlismo, dice una de las cartas á que nos referimos, el país liberal debe responder con un acto decisivo de energía que quebrante la soberbia de los que se creen invencibles en sus montañas.»

El Imparcial pone á esta noticia el siguiente comentario:

«El país liberal ha dado siempre lo que se le ha pedido; el mal está en que ningún gobierno ha tenido valor de pedirle de una vez las fuerzas y los recursos necesarios para acabar la guerra también de una vez.»

Leemos en La Correspondencia:

«La primera representación en que los hermanos Davenport dan á conocer sus sorprendentes fenómenos al público madrileño, tendrá lugar el viernes próximo en el teatro de Novedades, por no haber sido posible combinar esas representaciones con las de las empresas de los grandes teatros del centro.

Los productos se destinan á una obra benéfica.»

Enternece la ternura con que estos hermanos espiritistas procuran llamar la atención del público para acreditar la mercancía y sacar de ella buen lucro; convites á los periódicos, reclamos en La Correspondencia, obras benéficas; nada perdonan.

Felicitemos á los empresarios de los teatros grandes del centro, como los llama La Correspondencia, no hayan podido combinar con sus representaciones las de estos hermanos espiritistas.

Y aunque La Correspondencia tiene ya poco que perder, por el buen nombre de este país quisiéramos que no hubiera podido combinar con sus anuncios los de estas far-sas abominables y supersticiosas.

Parece ser que, en efecto, el Sr. Castelar ha renunciado á la cátedra que tan bravamente defendió en otros tiempos, envuelto en su honrada toga. Parece ser que por fin ha sido admitida su dimisión. Y no sabemos qué periódico, al dar esta noticia, hace las siguientes curiosas reflexiones, que nosotros vemos copiadas en El Eco de España:

«Nos asalta un recuerdo. El Sr. Castelar ha sido ministro; luego el Sr. Castelar debe cobrar 30 ó 40.000 rs. de cesantía.

Pregunta: ¿qué hubiera agradecido más el país, la renuncia de la cátedra, ó la renuncia de la cesantía?

Habiendo incompatibilidad para percibir dos sueldos del Estado, el Sr. Castelar no podía cobrar á la vez como ministro cesante y como catedrático.

O cesantía de ministro, ó sueldo de profesor. Luego el Sr. Castelar nada iba ganando con explicar su cátedra después de haber sido ministro.

Luego el Sr. Castelar gana dejando la cátedra y conservando la cesantía.

Luego el Sr. Castelar gana cuando parece que pierde.»

Otro gallo nos cantara si los ministros de Hacienda hicieran en provecho del erario tan buenos discursos como este discurso del Sr. Castelar.

A 87.000 duros parece que asciende la cantidad entregada por el gobierno español como indemnización á los súbditos americanos en ella comprendidos á consecuencia del asunto del Virginius.

Así lo dice El Imparcial.

En otro lugar del periódico damos cuenta del almuerzo con que obsequió ayer el Sr. Orovio, ministro de Fomento, á los señores Salaverria, Cassal-Ribeiro y D. Víctor Cardenal.

Con este acontecimiento nadie nos negará que está relacionado, por lo menos bajo el aspecto culinario, este otro, que vemos relatado en La Correspondencia:

«Anoche dió una comida el embajador inglés, á la que parecieron asistir el Sr. Castelar y algunos individuos del cuerpo diplomático.»

A la noticia de estos festines, ¿no seguirá el anuncio de algunas indigestiones?

© Biblioteca Nacional de España

tar desde esta fecha, un plazo de dos meses para ello, pasados los cuales, los que justifi-
quen el registro en la forma ordenada obtien-
drán la licencia absoluta desde luego, y los
que así no lo hagan ingresarán en sus respec-
tivos batallones provinciales, privados de los de-
rechos que dicho decreto les concedió.

Art. 3.º Los que por fuerza mayor no pue-
dan registrar civilmente su matrimonio o el
nacimiento de sus hijos, lo harán constar as-
í por certificado de autoridad competente, y ten-
drán el mismo derecho a la licencia absoluta que
los citados en el anterior artículo.

—Orden, fecha 21 del actual, disponiendo que
los directores generales de las armas den las
órdenes oportunas para que en todas las depen-
dencias de su mando respectivo se proceda des-
de luego y con la mayor actividad a efectuar
los trabajos necesarios para concurrir a la expo-
sición de Filadelfia.

—Otra, fecha 24, dictando reglas fijas para los
diferentes casos que puedan presentarse con
motivo de la separación o no indisciplinación de
jefes y oficiales en sus destinos.

Ministerio de la Gobernación.—Orden, fecha
27 del actual, disponiendo que las plazas de mé-
dicos directores de baños que existen en la ac-
tualidad vacantes, se provean interinamente por
la administración en los médicos a quienes am-
para el reglamento de 11 de marzo de 1868, en
los que han sido propuestos para premio me-
diante el concurso libre, y en aquellos cuyos
ejercicios fueron aprobados por el tribunal de
oposiciones últimamente verificadas en esta
corte.

EXTRANJERO.

Los periódicos italianos niegan terminante-
mente la noticia circulada por la prensa alema-
na de que el Gabinete de Berlín haya dirigido
nota alguna al Gobierno italiano pidiendo una
reforma de la ley de garantías votada por el
Parlamento italiano para asegurar la indepen-
dencia espiritual del Papa. Según dichos periódicos,
no sólo no se ha dirigido dicha nota, pero
ni siquiera ha mediado conversación alguna so-
bre el particular entre el ministro de Negocios
extranjeros, Sr. Visconti Venosta, y el ministro
alemán en Roma, Mr. Kendl.

En oposición a esto, una correspondencia
oficial inserta en un periódico de Königsberg, pu-
blica un extracto de la nota misma. Al decir de
esa correspondencia, no se ha hecho petición
alguna para que se modifique la ley de garan-
tías, ni se ha indicado siquiera la conveniencia
de semejante paso. Mas aún, puesto que se ha
reconocido que no la modificación, ni la revoca-
ción de dicha ley tendría ningún resultado
práctico, toda vez que con eso no se evitaría que
el Papa, lo mismo que el más oscuro ciudadano
de Italia, dirigiese manifestos a sus partidarios
y criticase cualquier acto de un gobierno ex-
tranjero. «En frente de la posición excepcional
del Papa, añade dicha correspondencia, serían
necesarias medidas directas que impidiesen la
intervención de éste en las instituciones de otros
Estados que tienen súbditos católicos, cuyas
medidas se formalizarían de la misma manera
en que se celebran los arreglos internacionales
entre los diferentes Estados interesados.»

Lo que de esta correspondencia oficial se de-
duce es que el Gobierno alemán medita medi-
das más radicales que una mera modificación
de la ley de garantías.

La Santa Sede acaba de conceder a los presi-
dentes del Perú el que puedan presentar los
eclesiásticos para los obispos y cabildos, y
que gocen los honores en las iglesias del Perú
reservados en otros tiempos a los virreyes de Es-
paña. El Santo Padre elogió a los presidentes y
pueblo del Perú por conservar la fe católica, es-
perando protegerla la religión.

Desde el 4 de setiembre de 1870, en que se

proclamó la república en Francia, estas la hora
en que se sabe a punto fijo el sistema de go-
bierno que allí rigió, y a punto fijo el sistema
de gobierno que allí rigió. La república
fue proclamada en Francia el 4 de setiembre
de 1870, y desde entonces ha sido el sistema
de gobierno que allí rigió, y a punto fijo el
sistema de gobierno que allí rigió.

—No por eso dice a este propósito La Liberté,
dejamos de estar en república. Pero ¿que repú-
blica? ¿ninguna por el momento la república
platonica de Mr. Buffet, que nos tranquiliza;
luego la de Mr. Dufaure, que nos conduce en
línea recta a la de Mr. Gambetta, la cual a su
vez conduce al comunismo, a la anarquía.

La república de 1875, añade el citado periódico,
es un gobierno anónimo, y nada más que
una conservadora, republicana radical, comuni-
sta dictatorial, según sean las elecciones.

El gobierno de la cosa pública que acabamos
de justificar ha tomado el nombre de república,
porque habría grande apuro en hallar otro que
mejor se calificase con exactitud el sistema de
gobierno que hemos inaugurado.

—No es vano, temen los partidos medios a la
república; de Gambetta en Francia, pues los
pueblos, como los hombres, casa siempre del
lado a donde se inclinan.

TELEGRAMAS.

SERVICIO POSTAL.

BRUSELAS 21.—Se decía hoy en los círculos
políticos que una nota diplomática, emanada del
canciller del imperio de Alemania, había sido
comunicada ayer al conde de Aspremont, minis-
tro de Estado, llamando la atención del gobier-
no belga acerca de la actitud de los periódicos
clericales para con Alemania, ante las medidas
tomadas por el Gobierno de Berlín con los mis-
mos del clero que refusan someterse a las leyes
del imperio, y a propósito de ciertas suscrip-
ciones públicas destinadas a sostener los diarios
clericales de Alemania.

Se añade que el ministro de Estado había
comunicado inmediatamente al rey la nota del
príncipe de Bismarck, y que S. M. convocó en el
acto a todos los ministros. El resultado de la
conferencia se desconoce hasta ahora.

BERLIN 23.—La prensa de esta capital conti-
núa su campaña contra la ley italiana llamada
de las garantías, mostrándose poco dispuesta a
la realización de ningún cambio en el estado
actual del Papado con respecto al gobierno ita-
liano, y reafirmando para el Papa el pleno
gocce y la libertad de su asilo, dentro del Vati-
cano.

La Nación, periódico italiano, publica un
artículo que parece redactado en el palacio de
Bismarck, declarando que Italia pretende apro-
vecharse de los frutos de los combates, sin
haber compartido los trabajos.

En cuanto a la Gazette de Magdebourg, periódico
inspirado por Bismarck, va mucho más lejos.
Dice que Italia debe principalmente su unidad
a la Alemania, y que una simple reconcilia-
ción del imperio alemán con el Vaticano,
puede dar en tierra con esa que denomina
creación política del reino de Italia. Podría re-
constituirse el Estado pontificio y reinstalar a
los príncipes destronados. Termina diciendo: «Bue-
no es añadir que Alemania tiene demasiadas
simpatías por Italia, unida y libre, para prestar
su apoyo a una reacción y a restauraciones que
la habrían de ser fatales por más de un con-
cepto.»

ROMA 29.—El rey, acompañado del príncipe
Humberto y la princesa Margarita, marcharán
a Venecia el primero de abril. Los ministros
Minghetti y Visconti Venosta saldrán al siguiente
día.

LONDRES 29.—Hoy se verifica una gran revis-
ta de voluntarios.

La reina Victoria fue visitada el sábado úl-
timo por la emperatriz Eugenia.

Un telegrama de Nagasats anuncia que los
soldados ingleses han marchado a Natal.

BRUXELAS 29.—Se ha comunicado inspec-
ción a los representantes de los Estados de el ex-
tranjero, para apoyar cerca de los respectivos go-
biernos en las potencias europeas, el proyecto
del conde de Andrassy para la convocatoria de
un Congreso que fijara los límites del poder del
Papa.

PARIS 29 (tarde).—Fondos:
El interior a 102.60.
El exterior a 83.92.
El interior español a 18 3/4.
El exterior a 23 1/2.

ROMA 29.—Ayer hubo recepción en el Va-
ticano.

BRUXELAS 29.—Los periódicos clericales pre-
tenden saber que el Papa tiene ya nombrado dele-
gado en secreto para Baden.

En Fúlda se verá el proceso contra nueve
mujeres socialistas por celebrar reuniones in-
habidas.

Para el próximo mes de abril, muchas co-
sas de Berlín se verán amenazadas por las fluc-
tuaciones de la Bolsa de París. Se esperan algu-
nas quiebras.

PARIS 29 (10 y 12 noche).—Hay se ha verifi-
cado el entierro de M. Edgard Quinet. Calen-
lase sobre 50.000 los concurrentes.

Victor Hugo, Gambetta y Laborlaye pro-
nunciaron brillantes peroraciones ante la tumba.
La mucha afluencia no alteró el orden.

LONDRES 29 (tarde).—Fondos: El interior,
a 49.40; el exterior, a 49.62; el interior español,
a 14.00.—Agencia Americana.

GACETILLAS.

Ya ha comenzado a ponerse en práctica
en Francia la utilísima combinación de las
observaciones meteorológicas que permiten cir-
cular por los puertos y ciudades principales del
interior los avisos que anuncian anticipadamen-
te ciertos cambios atmosféricos.

El observatorio de París recoge los telegramas
de 51 estaciones repartidas por toda Euro-
pa, pero especialmente en el Norte, y métrica a
las variaciones barométricas de que se dan cuen-
ta anualmente a veces con días de anticipación las
tempestades o vientos, porque es comprobado
que el descenso de presión atmosférica produce
corrientes hacia el lugar donde se produce, tan-
to más violenta cuanto más notable es dicha
baja.

Las tempestades que vienen del Este o Nor-
deste pueden conocerse en Francia con bastante
antelación, merced a los observatorios de la Ru-
sia, que ha mostrado grande diligencia en orga-
nizarlos; pero no sucede lo mismo con las proce-
dentes del Norte o Noroeste, por la interrupción
de los mares: sin embargo, se ha buscado como
estación avanzada a Valencía en Irlanda, y las
variaciones pueden ser anunciadas con suficien-
te antelación.

El observatorio de París manda todos los
días al amanecer sus telegramas avisadores a to-
dos los puertos de alguna importancia, donde
se publican inmediatamente en sitio conveniente,
además de darlos a conocer todos los periódicos,
y como durante el día pudiera haber varia-
ciones notables, se manda otro telegrama al
medio día.

De este modo, los buques que con los anun-
cios de fuertes vientos no hubieran salido por la
mañana, pueden hacerlo el mismo día si el se-
gundo telegrama anuncia próxima terminación.

Generalmente los grandes buques no se de-
tienen por estos avisos, aunque los tienen muy
en cuenta para tomar sus precauciones; pero
para las pequeñas embarcaciones tienen un va-
lor inmenso y las aprecian en lo que valen.

En «El Imparcial» dice «Un ilustrado»:
«Pasaba yo anteayer por la calle de las Ve-
las y oí voces».

—¿Qué es eso? pregunté.

—Un ladrón, que acaba de robar una capa,
y lo han cogido».

—Bien empleado le está, dijo un hombre de
malas cataduras. «Robar una capa en marzo!
Todo ladrón de principios la roba cuando co-
mienza el invierno».

La temperatura máxima de ayer en
Madrid fue de 17.8, y la mínima de 13.

Segun los partes recibidos, ayer no
llovió en ninguna provincia.

BOLETIN RELIGIOSO

Día 31.—Santo del día.—Santo Balbino.
—Era esta santa romana y de una extraor-
dinaria hermosura. Su padre, Quirico, estaba
encargado de la prisión donde se hallaba el
príncipe Alejandro, de origen del príncipe Alexan-
dro, gobernador de Roma, y tratada tan mal
como prelado, que al fin, en castigo de esta pe-
cado, quitó la honra a su hijo, la dio a
enfermedad llamada lepra, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Balbino, que era otro prelado, tam-
bién se enfermó, y como su padre, también se
enfermó. Su hijo, Balbino, que era otro pre-
lado, también se enfermó, y como su padre,
también se enfermó. Su hijo, Balbino, que era
otro prelado, también se enfermó, y como su
padre, también se enfermó. Su hijo, Balbino,
que era otro prelado, también se enfermó, y
como su padre, también se enfermó. Su hijo,
Balbino, que era otro prelado, también se en-
fermó, y como su padre, también se enfermó.
Su hijo, Bal

SECCION DE ANUNCIOS.

A LA VILLA Y CORTE DE MADRID.

Gran bazar de confección, el primero en su clase en España, Carrera de San Jerónimo número 18.

El dueño de este establecimiento tiene el gusto de anunciar a su numerosa clientela, tanto de esta corte como de provincias, que acaba de recibir un grandioso surtido de géneros para la primavera y verano, en trajes, lunas, dolores, familias para trajes de noche, elasticos, tapices, paños, piqués, etc., todo de lo más nuevo que ha producido la industria nacional y extranjera, para prendas de caballero.

La sección de prendas confeccionadas se halla completamente surtida en toda clase de formas y géneros de última novedad.

La sección de señoras, que es una especialidad en su clase, está abundantemente surtida en toda clase de telas para trajes de sociedad, para paseo y para negligé.

Igualmente hay un surtido completo de prendas confeccionadas tónicas-manteo, chaquetas-corta, abrigos de cachemir y otras formas de capricho y de buen gusto.

VENUTARIOS PARROQUIALES DE BAUTISMOS, de proclamas, de matrimonio y de defunciones, 2 rs. en Madrid y 2 rs. 40 céntimos en provincias.

EL SOL DE PLATERIAS.

FÁBRICA DE CHOCOLATES MOVIDA A VAPOR

DE RAMÓN GARCÍA.

CALLE MAYOR, 79, MADRID.

Precios fijos de 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 12 y 14 rs.—Cafés y tés superiores de varios precios.

Especialidad en Cafés y Tés de las mejores clases que se reciben en esta corte. El dueño de la fábrica, dedicado exclusivamente a este negocio desde el año de 1833, es el director minucioso que con sus vastos conocimientos adquiridos en tan antigua práctica, vigila todas las operaciones de la misma, estudiando las exigencias legítimas del público y corrigiendo las advertencias justas de su parroquia, que por modo alguno quiere salir defraudada.

Su solicitud en la elección de las mejores clases en los géneros, sacrificando el mayor lucro, es conocida por la gran parroquia que le favorece, y no le es posible encomiarla, cuando después de tantos años ha visto que su trabajo y sacrificios le son compensados con el verdadero y seguro crédito que le da la garantía del aprecio con que se distinguida su fábrica.

Por eso no ha buscado pretenciosamente el encomiar sus trabajos y géneros, y ahora lo hace, mas que para anunciarlos, para dar las gracias al público, que constantemente le favorece y le estimula con sus deferencias a ensanchar en mayor escala las operaciones de su fábrica, para poder satisfacer el aumento de los pedidos que se le hacen, mejorando todo lo posible las clases de los géneros para la confección del chocolate.

Los 38 años que lleva ocupado exclusivamente de este negocio, y en los cuales modestamente ha encontrado, con la deferencia del público, la compensación lucrativa de su trabajo, son garantía suficiente para ofrecer su establecimiento, en el cual puede estar seguro que encontrará todas las ventajas positivas que desee, para no verse defraudado en su gusto e intereses.

GRAN SASTRERÍA MADRILEÑA.

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, NÚMERO 11, PASADIZO Y CALLE DE ALCALÁ, NÚMERO, 10.

CASA ESPECIAL DE CONFECCION.

Se acaba de recibir en este establecimiento una gran colección de géneros para la presente estación de primavera y para el verano, en trajes, lunas, dolores, elasticos, paños, driles, piqués, etc., etc., de fabricación inglesa, francesa y belga en los tipos más nuevos y elegantes que ha producido la industria moderna, así como de las principales fábricas norteamericanas, reuniendo un surtido para poder satisfacer el gusto más exigente.

La sección de prendas confeccionadas, se halla completamente surtida en toda clase de prendas y géneros de novedad con hechura de última moda.

Igualmente está surtida la sección de señoras con trajes y abrigos elegantes para la presente estación.

Y la sección de camisería, cuyo gusto y baratura tiene acreditados, cuenta con un surtido muy numeroso en telas de color y blancas para camisas, géneros de punto inglés y otros varios, aparte de los muchos otros géneros franceses e ingleses pertenecientes a este ramo, que van a recibirse en el presente mes, forman el surtido más completo y variado que puede competir con la primer casa de España en estos artículos.

LIBROS DE ORTI Y LARA.

LA BELLEZA Y LAS BELLAS ARTES (traducción del alemán) dos volúmenes 24 rs.
LOS DERECHOS DE LA RAZON Y DE LA FE, tomo único traducido del alemán. 4 »
INTRODUCCION AL ESTUDIO DEL DERECHO Y PRINCIPIO DEL DERECHO 6 »
NATURAL, primera parte (está imprimiéndose la segunda).
TRATADOS DE PSICOLOGIA, LOGICA, ETICA Y FUNDAMENTO DE LA RELIGION, (la colección completa). 36 »
Estos libros se encuentran en casa de D. Agustín Tubera, Bolsa, 5.—En la de Tejado, calle del Arenal, existen además.
LAS LECCIONES SOBRE LA FILOSOFIA PANTEISTICA DE KRAUSE. 14 »
ENSAJO SOBRE EL CATHOLICISMO EN SUS RELACIONES CON LA ALTEZA Y DIGNIDAD DEL HOMBRE. 9 »

EL SIGLO FUTURO.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Este periódico saldrá todas las tardes, no siendo los días festivos.

Además de los artículos y sueltos de fondo, publicará revistas de la prensa periódica española y extranjera, señalando y rebatiendo sus extravíos, copiando o traduciendo los artículos importantes de las publicaciones católicas de dentro y fuera de España. También publicará revistas bibliográficas, artísticas y de teatro, con juicios críticos de las obras más notables que vean la luz aquí y en el extranjero, recomendando las que sean completamente buenas, condenando las malas y advirtiéndole las que le parezcan sospechosas. Dará todas las noticias de España que las circunstancias consientan; noticias, telegramas y cartas, con revistas detalladas, del extranjero; crónica especial del movimiento católico en todo el mundo; y en sección aparte adelantará todas las noticias que haya del interior y el exterior a última hora. Contendrá además la crónica religiosa con la vida del Santo y explicación de las principales festividades; parte oficial de la Gaceta; revista de tribunales, y resumen mensual de las sentencias del Consejo de Estado y Tribunal Supremo de Justicia. Y en último término publicará el boletín de la Bolsa y los mercados; anuncios, etc., etc. Por folletín, y de modo que pueda cortarse y encuadernarse, publicará obras ajenas que instruyan deleitando, de autores españoles antiguos y modernos; comenzando con un libro desconocido de autor famosísimo, que se escribió hace siglos y parece hecho de encargo para el presente.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 6 reales un mes.—En provincias, 20 reales un trimestre y 80 un año, suscribiéndose directamente en la Administración del periódico, con libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro o sellos de franqueo.—En el extranjero, 50 reales un trimestre y 200 reales un año.—En Ultramar, 4 pesos fuertes el semestre.—Repúblicas americanas, 6 pesos fuertes el semestre.—Paquetes de 25 números, 4 reales.

PUNTO DE SUSCRICION.—La Administración del periódico, calle de Leganitos, núm. 4, cuarto bajo.

Beneficios de que disfrutarán los suscritores a «El Siglo Futuro» y a la Revista religiosa «La Cruz» en el precio de suscripción a ambas publicaciones y en el de varias obras.

En consideración a la situación del clero, y con el fin de que los señores suscritores a «La Cruz» puedan tener con el menor dispendio posible un periódico diario sumamente barato, que por su integridad católica y moral inspire completa confianza en la exposición de la doctrina y en la exactitud y veracidad de sus noticias, y los suscritores a «El Siglo Futuro» una Revista de intereses religiosos y científico en que estén compilados todos los actos oficiales del Sumo Pontífice, de las Sagradas Congregaciones, del Episcopado, de las Academias Romanas, las cuestiones litúrgicas, los sermones notables, y otros trabajos que por su extensión o interés no pueden tener cabida en un periódico diario, los directores de ambas empresas han convenido en la siguiente

Reduccion de precio en favor de los que, siendo suscritores a «La Cruz» se suscriban a «El Siglo Futuro», y de los que siendo a «El Siglo Futuro» se suscriban tambien a «La Cruz».

Precio de suscripción a «La Cruz» y a «El Siglo Futuro».

En Madrid y provincias, por ambas publicaciones, NUEVE reales al mes.

En Ultramar, por ambas publicaciones, VEINTE reales al mes.

Rebaja de precio en las siguientes obras, a los que sean suscritores a «El Siglo Futuro» y a «La Cruz».

Crónica del Concilio Ecueménico del Vaticano desde su convocación hasta su suspensión: cuatro tomos en 4.º español, de más de 500 páginas, CINCUENTA Y DOS reales en vez de CIENTO.

Diccionario de Decretos de la S. C. de Ritos un tomo en 4.º de más de 500 páginas, QUINCE reales, en vez de VEINTICINCO.

Índice de todos los libros prohibidos por el Episcopado español: un tomo en 4.º de más de 500 páginas, QUINCE REALES en vez de VEINTICINCO.

Funciones y deberes del cura párroco en la visita pastoral de los Obispos; SIETE REALES en vez de DIEZ.

Para disfrutar de estos beneficios es **CONDICION INDISPENSABLE** acompañar el importe del pedido en letra de fácil cobro, o en sellos de correo, y no otros; pero en este caso, en carta certificada.

Los libros se remiten certificados y francos de porte.

Los pedidos deben hacerse en carta dirigida al Administrador de «La Cruz», calle de San Roque, núm. 8, Madrid, o al Administrador de «El Siglo Futuro», calle de Leganitos, núm. 4, Madrid.

Cada empresa responde por sí de las reclamaciones que hagan los señores suscritores por indemnización de cualquier clase.

«La Cruz», revista religiosa fundada en 1852, y recomendada por el Episcopado y por la prensa nacional y extranjera, sale el 19 de cada mes en un cuaderno de 130 páginas, en 4.º español, y publica:

1.º Las disertaciones más importantes leídas en las Sagradas Congregaciones de Roma sobre Teología, liturgia, disciplina y Derecho canónico.

2.º Los actos oficiales del Sumo Pontífice; las decisiones de las Sagradas Congregaciones y las Pastorales del Episcopado.

3.º Los sermones más notables que se predicán en España y en el extranjero.

4.º La colección completa de todos los documentos relativos a los hechos religiosos de interés.

5.º Artículos doctrinales y polémicos en defensa del catolicismo del Sumo Pontífice, del clero, etc., etc., contra los ataques de la prensa revolucionaria y del protestantismo, y contra las invasiones de la política anticristiana y del filosofismo.

6.º El movimiento religioso del mundo.

7.º Noticias y detalles de las misiones católicas.

8.º Juicios críticos de las obras más importantes.

«La Cruz» es la única Revista del mundo católico que compila todos los documentos oficiales eclesiásticos de interés.

«La Revista La Cruz» no es un periódico que muera apenas se lee: es la fuente de la historia eclesiástica contemporánea; es un libro de biblioteca, ajeno completamente a la política.

CONFERENCIAS AGRICOLAS

ó la ciencia agronómica al alcance de todos.

Por D. Luis Alvarez Alvariz, Catedrático de la Escuela de Agricultura de Aranjuez, geógrafo, redactor y colaborador científico de varias publicaciones, individuo de la Sociedad española de Historia Natural y de la de Agricultura y Meteorología.

Esta obra, dividida en 18 conferencias, se recomienda, tanto por el nombre de su autor, cuanto por la importancia que en España tiene la Agricultura, dispensándonos por lo mismo de todo elogio.

Los pedidos a nombre de D. Pedro García, calle de Leganitos, núm. 4, cuarto bajo, debiendo mandar el importe en libranzas del Giro mutuo o sellos de comunicaciones.

DEL BUEN TONO Y MANERAS FINAS de un eclesiástico en la sociedad, traducción del francés por un Rector de Seminario, aumentada con cien máximas sobre trato de mundo y buen crianza, entresacadas de las célebres Cartas de Milord Chesterfield: 6 rs. en Madrid y 8 en provincias.

CIANTICOS ORIENTALES E IMITACIONES bíblicas, por D. Leon Carbonero y Sol.—Un tomo de 400 páginas, edición de gran lujo, con magnífica encuadernación en riquísimos cromos en oro y diez y ocho colores, hechos en París por artistas alemanes.

Se vende en Madrid 5 24 rs., en las librerías de Olamendi.

Fuera, y franco, a 26 rs. En América y Filipinas, a 50 rs.

Los pedidos al Administrador de «La Cruz», San Roque, 8, segundo, Madrid.

LA GUARNALDA DE LA INOCENCIA.—Devocionario de los niños, por D. Leon Carbonero y Sol. Edición 18.—Las diez y ocho ediciones que se han hecho de este libro; las recomendaciones de los Prelados y de la prensa; las indulgencias con que ha sido enriquecido, y el haber sido adoptado de texto en muchas escuelas, es el mejor elogio que se puede hacer de esta obra. Es libro más propio para preparar a los niños a la primera comunión y comunión, y está escrito en un estilo y método especiales.

Se vende encuadernado en tela, con plancha dorada, al mismo precio de 4 rs. en Madrid, y 5 rs. fuera, y franco. En Ultramar, 8 rs.

y devoto de Dios, y nunca comiences cosa sin demandarle primero su favor y ayuda; porque los hombres somos muy fallos, y ninguna cosa se esconde a la sabiduría eterna, y a quien ella favorece todo le sucede bien.» Las cuales palabras de tal manera se imprimieron en el corazón a Ciro, que es cosa maravillosa ver cuántas veces, repite Jenofonte el cuidado que tenía de la religión en todas las cosas que hacía, como procuraba aplacar a los dioses antes de tomar consejo y deliberar si había de hacer guerra o dejarla de hacer; y después de haber determinado de hacerla, antes de comenzarla, los sacrificios que hacía para tener propicios a los dioses, y cuando con el ejército entraba en tierra de los enemigos, el cuidado que ponía en ganar la voluntad de los dioses de la tierra con ofrendas y dones, y después de haber peleado y vencido, en reconocer la victoria de su mano, y agradecerla. De manera que parece que el principio, medio y fin de todas las empresas de este gran rey era la religión, aunque falsa, de sus vanos dioses. Isócrates (1), orador excelentísimo, escribiendo a Nicóles; rey de Chipre, y exhortándole con qué medios había de conservar su reino, le dice estas palabras: «Guardarás la religión como la recibiste de tus mayores y antepasados, y piensa que el mayor y mejor sacrificio es ser tú mismo bueno y justo; porque mayor esperanza tienen los tales que harán algo bueno, conforme a la voluntad de Dios, que los que edifican templos.» La primera cosa que Dion (2) escribe en la *Institución del príncipe* es:

(1) Or. i. Ad Nicólem.
(2) Dion., or. i. et iii.

terra, donde hay tantos políticos? Pero dejémoslos a ellos, y veamos lo que los filósofos enseñan se debe hacer acerca de la religión.

CAPITULO III.

La cuenta que se debe tener con la religión, según la doctrina de los filósofos

Aristóteles, tratando de las cosas que son necesarias en una ciudad, y sin las cuales ninguna se puede bien gobernar, como son mantenimientos, artes, armas, dineros, etc., dice (1): «Ante todas cosas se debe procurar lo que pertenece al culto de los dioses, que llamamos sacrificio de los sacerdotes; y añade (2) que cualquiera príncipe se debe mostrar muy piadoso para con los dioses, porque con esto se aseguran los pueblos, y no temen que les hará agravios, ni maquinan contra él, porque juzgan que, siendo religioso y amigo de Dios, tendrá el mismo Dios en su favor. Y los demás filósofos graves y sabios nos enseñan que las cosas que quisiéramos emprender, las comencemos de Dios y acabemos en Dios, y le pidamos gracia para bien comenzar y mejor acabar. El filósofo Jamblico dice (3) que la naturaleza humana es tan flaca, que no puede tratarse ni hablar de Dios sin el mismo Dios, y mucho menos cumplir y hacer obras divinas sin El. Mercurio Trimegisto dice que el ornamento y medida del hombre, ante todas cosas, debe ser la religión, acompañada de la

(1) Arist., *Polít.*, lib. vii, cap. vii.
(2) Lib. vi, cap. xi.
(3) Jamblico, citado por Cael. Rod. lib. ix.

tiempo que juzgó que le estaba bien, muy obediente a los obispos y honrador de San Basilio. el cual, después engañado de Eudoxio, obispo de Constantinopla, se hizo hereje arriano y cruelísimo perseguidor de la Iglesia católica, la cual aborreció de manera, que dejando vivir a los herejes y a los gentiles en sus sectas, a solos los católicos prohibió que no viviesen como católicos? ¿Qué de Anastasio, emperador (1), el cual, viendo que Eufemo, patriarca de Constantinopla, no le quería coronar por tenerle por sospechoso en materia de religión, hizo públicamente profesión de la fe, de palabra y por escrito, y juró de guardarla inviolablemente, y con esto engañó al Patriarca y a los demás católicos que se le oponían? ¿Qué de Hunerico (2), rey de los vándalos en África y hijo de Genserico? ¿Cuanta disimulación usó en los principios para engañar a los católicos hasta establecer y asegurar su reino; y después, cómo los persiguió y procuró aniquilar? como lo escribe Victor Ulfense en el segundo libro de su historia. ¿Qué de Leon IV y de Miguel Begue (3), emperadores de Oriente? ¿Qué de Jorge Pogibracio, rey de Bohemia, y de otros príncipes, que con capa y apariencia de católicos fueron herejes? Pero ¿qué es menester traer ejemplos antiguos y ya olvidados para confirmar esta verdad, teniendo vivos y presentes en Francia e Inglaterra

(1) Niceph., lib. vi, cap. xxvi; Zonar., tomo iii: Evagr., lib. iii, cap. xxxi et xxxii, *Cedr.*
(2) Victor., lib. ii, De Perf. Vánd.; Sig., lib. xv, De Occid. Imper.; Zonar., tomo iii, *Cedr.*
(3) Pio II, Paps., xxx; Joan. Dubravius, episc. Olmutensis, lib. iii, Hist. Bohem., et Cocl., lib. xii, Hist. Russi.